

Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

José López Silva, Caricatura de LEAL DA CAMARA



Que me afeiten los pelos de la cara
si con el rubio escribo más sainetes,
pues *semos* desiguales tan en todo
que ni Cristo después nos hinca el diente.

Somos dos *buenos mozos*, con agallas,
con gracia, con ingenio y con caletre;
pero sueltos, que juntos se *aliquidan*
y se nos quedan calvos los trimestres.



SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El sermón y el negro, por Felipe Pérez y González.—Baturrillo, por Fray Candil.—Carta de San Isidro a San Silvestre, por Salvador M.^a Granés.—El gran mundo, por Eduardo de Palacio, ilustraciones de Leal da Camara.—Geografía barata, por Gabriel Merino.—Palique, por Clarín.—¡Todos delincuentes!, por Vicente Medina.—En casa de Compañy, por Juan Pérez Zúñiga.—Rasguños, por Nicolás de Leyva.—Correspondencia particular.—Avisos.—Certamen de MADRID CÓMICO.—Anuncios.

GRABADOS: José López Silva, caricatura de Leal da Camara.—Cumplidos, por Santana.—Fecundidad, por Karikato.—Cantantes, por F. Verdugo.—Primero y segundo premios del Certamen, reproducción del natural.



DE TODO UN POCO

Este año, la Navidad no ha ofrecido los encantos de otras veces.

El buen pueblo de Madrid, se ha divertido mucho menos que el año pasado y hasta los besugos han tenido el ojo más triste que de costumbre.

Nadie sabe a qué atribuir esta desanimación.

Por la pérdida de las Colonias no será, pues maldito lo que nos

ha importado la cosa. Tampoco debemos atribuirlo a los planes de Villaverde, porque, a Dios gracias, se los hemos echado abajo entre todos los españoles.

Yo creo que la causa principal de nuestra decadencia, hay que buscarla en el teatro. El no haber trabajado en Madrid este año la Guerrero, habrá contribuido no poco a la presente frialdad.

Hace pocas noches que abrió sus puertas el Español y todos pudimos notar que allí falta algo. Falta, por de pronto, aquella majestad con que se levantaba el telón y que parecía querer decir al público:

—Recógete en tí mismo y escucha. Estás en presencia de la soberana del arte. Todo cuanto ves es aristocrático. Si pudieras acercarte a esos que parecen actores, notarías que emplean perfumes caros y calcetines de cuatro pesetas el par... ¿Ves a Medrano por fuera? Pues si le vieras en paños menores, experimentarías una grata emoción. Usa encajes en el faldón de la camisa; no te digo más.

¿Quién duda de que influyen grandemente en el país ciertas ausencias y de que el teatro representa papel principalísimo en las costumbres?

Tampoco ha sido ajena a nuestra actual tristeza la noticia de que el premio gordo de Navidad había caído en Montevideo.

Sólo de pensar que aquellos sosos de uruguayos, disfrutaban hoy de nuestro dinero, se nos pone un humor de todos los demonios.

Yo no deseo el mal de nadie, pero en esta ocasión, quisiera que al de Montevideo, le saliese un bulto en cualquier sitio y tuviera que gastar catorce ó quince mil duros en harina de linaza.

¡Cuánto mejor hubiera sido que el premio cayese aquí, en esta tierra desgraciada, repartido entre chicas de servir, obreros, escritores públicos, patronas, sastres baratos y serenos del comercio!

Entonces podríamos leer las pintorescas descripciones de los periódicos grandes y habría aquello de:

«El número 12.515, había sido despachado por la lotería del callejón del Perro, 11, doña Facunda Michinguez, que lo vendió a D. Cipriano Sopleta, conocido sereno de esta capital. El distinguido vigilante nocturno, dió participación en el billete a trece criadas de servir, once mozos de cordel, dos músicos, tres albañiles y un periodista viudo con cinco niños, el mayor de los cuales tiene tres años y medio.»

«Esta vez la suerte se ha mostrado muy justa al repartir sus dones y por ello la felicitamos, etc., etc.»

Aunque a uno no le toque nada, experimenta cierta satisfacción al ver que ha cambiado el destino de los que ayer eran unos pobres; pero por esta vez las cosas han salido muy mal, y si no fuéramos tan religiosos, diríamos ahora una porción de cosas ofensivas para la Divina Providencia.

Ha habido, sí, premios chicos para algunas personas simpáticas entre las que figuran la familia de Ombliguín y sus contertulios.

Entre todos habían jugado un décimo que salió premiado y ayer fueron a cobrarle a la plaza de Colón. Desde allí se dirigieron alegremente a la fonda para comer a escote; pero antes dos chicos de la tertulia habían ido a ponerse al habla con el fondista diciéndole:

—Vamos a ver, esta tarde vendremos a celebrar aquí la lotería varias personas.

—¿Cuántos son ustedes?

—Unos quince; pero hay tres señoras mayores que no se cuentan porque apenas hacen gasto; y un joven que padece del corazón, y solo come féculas. Con once cubiertos hay bastante.

—Si, pero tendrá usted que poner platos para quince personas y cinco niños—añadió el otro joven.

El fondista torció el gesto. Después dijo:

—Yo no puedo poner más cubiertos que los que ustedes me paguen.

—Es igual—replicó el joven.—Las mamás y los niños traerán los tenedores de casa.

Y eso fué efectivamente.

¡Vaya una comida agradable la que hicieron la familia Ombliguín y sus amigos!

Cada plato que aparecía en la mesa provocaba una exclamación de entusiasmo.

—¿Qué es esto, Rafaelito?

—Vaca a la jardinera

—Pues póngame usted mucha... ¡Pero qué bien cortan las patatas en las fondas!

—Es que las cortan con máquina.

—Yo no sé qué le hacen a esta carne para que esté tan rica.

—¿No ve usted que la compran sin hueso?

—Y además, a los fondistas se la escogen.

Las aceitunas y los rábanos desaparecieron como un relámpago, según decía muy oportunamente un joven poeta de la reunión, y entonces otro de los comensales pidió que le trajesen unas aceitunas.

—Corriente—dijo el mozo—¿Cuántas raciones?

—¿Qué dice usted?—replicó el interesado.—Yo creí que en los doce reales del cubierto entraban todas las aceitunas que pudiera uno comerse.

—No, señor.

Este incidente produjo cierto disgusto entre los comensales; pero Rafaelito, que era muy ocurrente, consiguió con sus chistes devolver a todos la alegría.

Al llegar los postres hubo muchos brindis, dedicados casi todos a doña Genoveva, la señora de Ombliguín, por su acierto en la elección del número premiado.

—Vaya—dijo uno de los jóvenes cuando se disponían a marcharse, —estas pasas que sobran no deben quedar aquí: que se las guarde doña Genoveva.

—Sí, sí, gritaron los demás.

Doña Genoveva obedeció, dando gracias por tantos obsequios, y todos se dirigieron a la calle con esta idea fija en la mente:

—Es verdad que ha gastado uno el dinero; pero, ¿y lo que nos hemos divertido, no se cuenta?

LUIS TABOADA

El sermón y el negro.

Predicaba el Padre Antón una tarde en San Ginés y, desatenta al sermón, con visible distracción estaba la hermosa Inés.

Contemplando con afán su peregrina hermosura, muy apuesto y muy galán, sin hacer caso del cura estaba, frente a ella, Juan.

Y a otro lado, entre el montón de la gente, descollaba un negro como el carbón que, al parecer, se extasiaba oyendo absorto el sermón.

Juan é Inés, que parecían dos atolondrados niños, se miraban, sonreían y a veces hasta se hacían señas y muecas y guiños.

El negro, inmóvil, clavada en el cura la mirada y extraño a toda otra cosa, era estatua «bronceada» de la atención fervorosa.

Fijóse en los tres la gente, empezando a comentar el contraste sorprendente de una actitud ejemplar y un descarro irreverente,

é hizo la murmuración general la distracción: ninguno al cura atendía; tan sólo el negro seguía oyendo atento el sermón.

En vano el orador daba voces y hasta golpeaba en el púlpito con bríos, y una vez y otra gritaba: «¡Amados oyentes míos!»

A su voz indiferentes y comentando el contraste, con murmullos ya crecientes, daban con su calma al traste «los amados desoyentes».

Al fin, el cura, cargado, dió el sermón por terminado; la gente quedó turbada... Nadie se había enterado de la plática sagrada.

Más de uno entonces se apura, temiendo fuerte censura; de su distracción maldice y al negro se acerca y dice: —¿De qué ha hablado el señor cura?

—Pues ha venido a probar con más de un notable ejemplo, (dijo aquél, sin vacilar,) que es cosa mala en el templo distraerse y murmurar.

Supo el cura lo ocurrido y, según luego he sabido, al predicar otro día, dió, con tono sentido, encubriendo la ironía:

—Hijos, en esta ocasión reclamo vuestra atención. Por Cristo, no os distraigáis... á ver si, una vez... sacáis lo que el negro del sermón.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

Cumplidos, por SANTANA



—¡Qué hermoso, Dios le bendiga! ¿Es de usted, Clotilde?
—¡Y de usted, Conrado!

Baturrillo.

(EN DEFENSA PROPIA)

—¿Sabe usted que un periódico de Madrid, le llama filibustero?—
¡Hombre!—¿Sabe usted que un periódico de América, le llama español porque colabora usted en MADRID CÓMICO?—¡Hombre! ¿Y no hay en China algún periódico que me llame japonés, y en el Japón, otro que me llame chino?

«Son pláticas de familia
de las que nunca hice caso.»

La envidia y el despecho toman á menudo la forma patriótica, *chauvinista*, porque nunca faltan imbéciles que aplaudan. Yo, en punto á patriotismo, (patriotismo al uso), apenas me llamo Pedro. Decía Renán —no recuerdo dónde á punto fijo,— que si hubiera sido soldado, habría acabado ó por desertar ó por pegarse un tiro. Lo mismo opina este cura. Soy tan indisciplinado de mí, que no puedo militar en ningún partido, ni siquiera formar parte de una mala comisión ó de un comité de barrio. ¿Qué quiere usted? Yo no me hice, me hicieron.

La idea de patria no se funda en el amor, sino en el odio al extranjero, en la rivalidad económica y militar, en la envidia por la prosperidad del vecino. Fijese usted en que, por lo común, el patriotismo se disfraza de envidia. ¿Quiere usted ver contento á un francés? Diga usted pestes de Alemania ó de Inglaterra. Por otra parte, quien nada vale individualmente, se echa á patriota. Algo así creo que dice Schopenhauer.

Filibustero vale tanto como pirata, aventurero que invade á mano armada territorios ajenos. Yo no he invadido nunca, ni á mano armada ni á mano desarmada, ningún territorio. Ni siquiera he estado en la manigua, lo confieso con rubor: no tengo carne de héroe. De suerte que los que me llaman filibustero faltan á la verdad, como los que me llaman español, (no soy indio, ni zambo), en el sentido malévolo que yo sé. ¿Soy acaso *carcunda*, comulgo siquiera con los monárquicos? No. En Cuba me salió una vez cierto *crítico*, censurándome... ¡la cubierta de mis libros! La cubierta era amarilla y roja. Otro señor me tildaba de que yo escribía *demasiado bien* (gracias) el castellano. Con microcéfalos así, ¿es posible la vida? Vayan muy enhoramala.

Lo que hay es lo que hay. ¿Lo digo? Que envidian la independencia de mi carácter. Esa es la fija. No me caso con nadie, escribo con entera libertad, y se me da un bledo de los partidos políticos.

Cuando Taine publicó sus *Orígenes de la Francia Contemporánea*, monárquicos y republicanos le pusieron de oro y azul. A eso aspiro yo, á no dar gusto á nadie, como el Cirano de Bergerac, de Rostand.

En estos momentos, en que muchos se van á Cuba á buscar empleos, no obstante la antipatía que les inspiran los yanquis, ¿me he movido yo de mi casa? ¿He escrito siquiera una mala carta pidiendo que me nombren cónsul ó algo por el estilo? ¿He ido á España á adular para que me llenen la tripa? Caso de ir, iré á trabajar como he hecho siempre, sin agarrarme á los faldones de ningún ministro.

A nadie se le exige, que yo sepa, que sea inteligente ó que vista con elegancia.

¿Por qué se ha de exigir á quien vive la vida de las ideas, que ponga tienda de patriotismo, como quien dice, de mentira y adulación?

Antes de salir de Cuba, me burlé de un poeta que entonces me parecía malo y ahora me parece peor, de Milanés, y no faltó quien me acusara de mal patriota. Siempre la misma cantinela.—Cada cual sirve á su país como puede: unos diciéndole la verdad, (*rara avis*), otros, lisonjeándole sin pizca de pudor.

Para mí ser justo vale más que ser patriota. Cuestión de temperamento, de educación ó lo que sea. Ya sé que por este camino, no se va á ninguna parte. Que lo diga si no, Pi y Margall. *Do ut des*, suele ser el lema de la mayoría de nuestros políticos de chicha y nabo. «Yo te doy bombo, en mala retórica y tú me das de comer.» Y pata. Ejemplos de patriotismo: el *Diario de la Marina*, de la Habana, fué uno de los más acérrimos partidarios de Weyler; hoy se publica en español y en inglés y aboga ¡por la anexión! Vivir para ver.

El Figaro, que dirige Manuel S. Pichardo, también estuve con Weyler y hoy está con los revolucionarios. ¿Habrá vergüenza? ¡Y cuántos casos por el estilo podría citar!

Déjenme á mí *hacer* el Tácito ó el Juvenal, que no es precisamente hacer el oso, ya que no aspiro ni á ser diputado en España, ni alcalde de barrio siquiera en Cuba.

«Mis tiempos son los de la antigua Roma,
y mis hermanos con la Grecia han muerto.»

como cantó Zenea.

¡Patria, patria! Para mí no eres el suelo en que se nace —cosa puramente fortuita—sino el rincón donde se vive en paz, donde no nos persigue el odio y la envidia de los ruines, donde se respira aire oxigenado, donde uno se siente hombre y no monó con levita.

Nada de lo dicho impide que desee á mis hermanos de aquende y allende el mar un buen año. Sí, un buen año para todos, menos para Weyler. ¡Y viva la concordia!

FRAY CANDIL

Paris.

Carta de San Isidro á San Silvestre.

*A San Silvestre... de Tal,
(su apellido no figura
en el libro parroquial)
Director de Agricultura
en la corte celestial.*

Señor D. Silvestre: Siento que asunto de urgencia inmensa me obligue por un momento á molestarte, (y dispensa que te apee el tratamiento).

De la corte celestial, como Inspector de la vid, salí en un tren especial y una semana cabal hace que estoy en Madrid.

Numerosa Comisión del gremio de Labradores me esperaba en la estación para hacerme los honores dignos de mi posición.

Al hotel me acompañaron, á mi habitación subieron y al punto me *interviewaron*. ¡Y qué cosas me dijeron! ¡Y qué abusos me contaron!

Quéjense de que Pidal lo hace en Fomento muy mal; pero al que le ponen verde y le llaman... tal y cual es al pobre Villaverde.

Comprendo que amparo pidan, pues ambos su vida amargan, —según ellos, les *suicidan*— y en Fomento les olvidan y en Hacienda les embargan.

Por eso tu atención llamo y tu indulgencia reclamo para que escuches sus quejas; es justo que les protejas como Director del ramo.

Adiós. Me va bien aquí; no obstante, de todos modos, pronto estaré junto á tí. Da mis recuerdos á todos los que pregunten por mí.

Del reumatismo, aunque lenta, mi mejoría se aumenta gracias al sistema hidroterápico, que me sienta requetebién.—Tuyo, *Isidro*.

Como sé que luego dices que soy un patán campestre y cometo mil deslices, que los tengas muy felices mañana que es San Silvestre.

Por la copia,
SALVADOR M.^a GRANÉS

Fecundidad, por KARIKATO



—Chicas, me revienta salir á pesear con vosotras, porque luego llevo á la oficina y me preguntan, como el otro día el jefe del negociado, si había puesto colegio de señoritas...

El gran mundo.



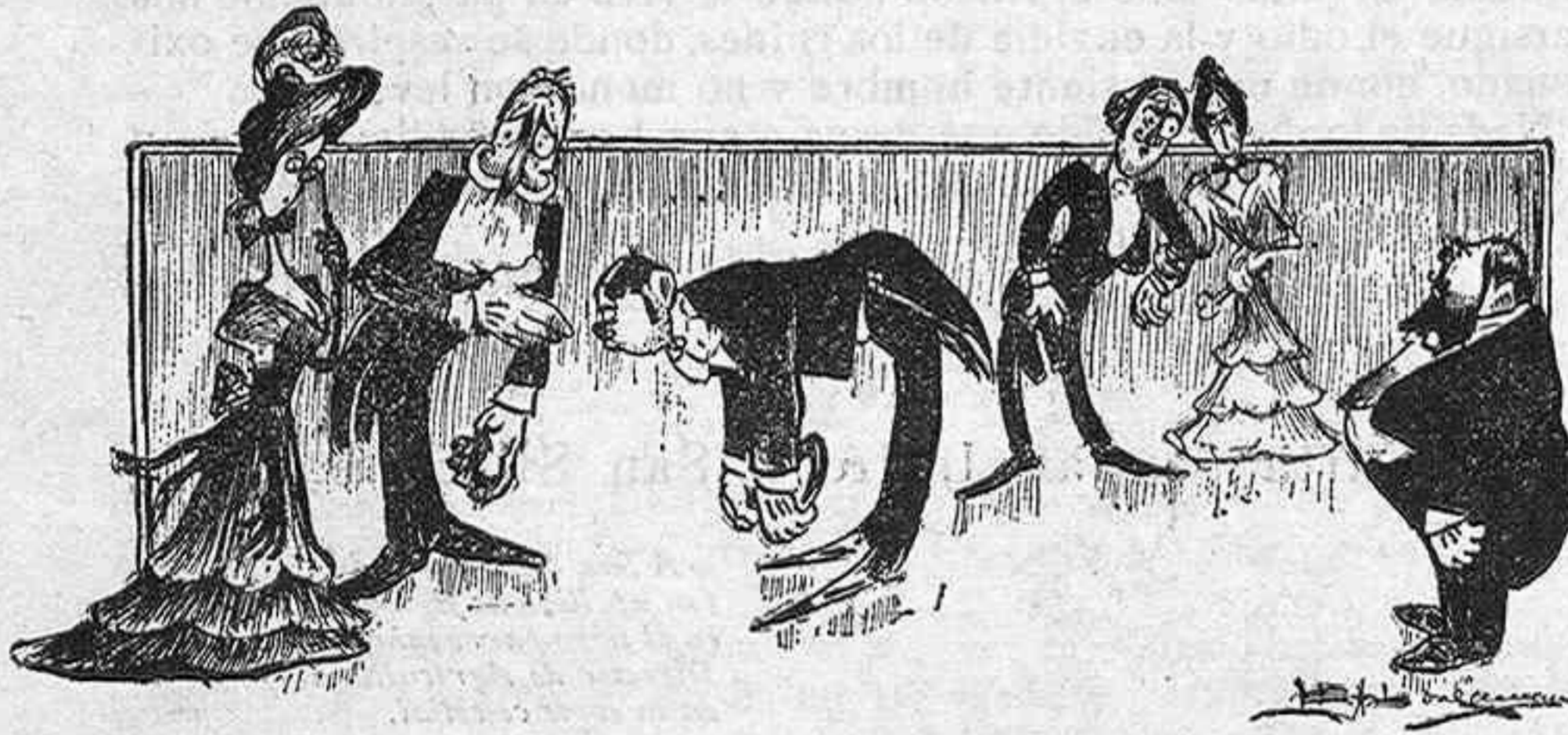
¿Quién no sabe en Madrid que la generala viuda de Terrones recibe todos los jueves y cómo recibe, desde noviembre hasta principio de cuaresma?

¿Qué persona de cuna (porque las hay que nacen en el campo, y otras nacen en la mar y algunas en Ultramar) ignora que los salones de la calle del Gato son verdaderas maravillas orientales?

No hay aristócrata, de mensualidad ó de dinero, no hay artista de mérito, español — y muchos extranjeros — que no hayan admirado aquel derroche de arte y de exquisito gusto en entrepaños, medallones, retratos, artesonados, lienzos, escul-

turas, trofeos, panoplias y «manoplias».

En mobiliario no es posible ir más allá. (Nada más que hasta el mobiliario ó hasta la pared de enfrente).



Los lienzos del *Graco*, de Leonardo Argensola, de Andrea Doria; las hermosas esculturas de Miguel Angel *Buonasera*, del Cano, del Morenillo y tantas riquezas artísticas como guarda aquel templo de la hermosura y de la principalidad...

(La solución a la sintaxis en la revista próxima).

En el gran salón iluminado no a *giornale*, si que a gloria, se veía anoche cuanto Madrid «encierra» de hermoso, de grande, de nobiliario, de selecto por sus títulos, por sus talentos, por sus heroicidades, por su espléndida belleza, por su riquísimo gusto y espléndidas virtudes.

Citar a todas las damas que concurren a la fiesta de la hermosa cuanto discretísima generala, aunque algunas acudieran a la cita, sería pasar lista a todo el Madrid escogido, aristocrático, artístico y diplomático y político y literario y castrense.

Allí se veía a la singular y hechicera Duquesa de Marmolillo con su hija, también de Marmolillo, Etelvina, capullo apenas una vez abierto en el baile de la embajada de San Feliú de Llobregat.

La sin par Duquesa de la Grenouille, que aunque francesa de medio cuerpo abajo, es una andaluza de cintura arriba, con aquel par de ojos visibles, aun en las negruras de la tenebrosa noche; la Marquesa Tablarrasa y su hermana, en cuyo ojo brilla la inteligencia llevando al admirador hasta el olvido de que la ilustre dama carece de otro ojo; la Condesa de la Costanilla de los Cojos, luciendo collar de brillantes deslumbradores, que no podían, «sin embargo», atenuar la luz de



aquella hermosura. La respetable señora Baronesa de Barbademico, vestía rico traje de luces, con cabos del mismo color; violeta con oro.

Su esposo se presentó con uniforme de caballero de la espada y muleta.

La señorita de Tentadour con su venerable papá; la de Cañaverales dulces, adornando su garganta con una *rivière* de valor incalculable, y su esposo con otra *rivière*.

El elemento joven bailó hasta las doce de la noche; aquellos capullos de ambos sexos, gérmenes del gran mundo de mañana, revueltos y felices gozaron agitándose (no antes de usarse) y revoloteando como en vertiginoso torbellino (*turpillón* en francés).

La política estuvo representada, así como la alta banca, en los gabinetes de tresillo y *rouloz*, monte y ruleta.

Y las señoras mayores, entre las que se veían envidiables destellos de una belleza no extinguida a pesar del tiempo, también se contentaban con jugar, con los diplomáticos, políticos, literatos y artistas, maduros.

A la *minuit* pasamos al *buffet*.

No hay palabras para encarecer la distinción de la generala...

Nota, como quien dice: «Aquello fué el disloque, devoramos como fieras hambrientas; yo particularmente.»

¿Firma? Cualquiera del ramo de *patiserie* periodística.

Por imitación,
EDUARDO DE PALACIO

Geografía barata.

(Diálogo tomado al vuelo en la calle de Colón entre un *descuidero* ilustre y un *rata* de buen humor).

— Pues, dices tú, como el pueblo carece de ilustración, conviene de vez en cuando que *haiga* una guerra exterior.

— Sí que conviene.

— ¡Pues claro!

Porque es lo que digo yo; para aprender *jografía* sin libro ni profesor basta con que se arme un lío en *cualquiera* nación y se llegue a un *casus belli* rompiendo el *statu quo*.

— ¡Anda, leñe, y lo que sabes!

— Por eso te digo yo que estas cuestiones ilustran de una manera feroz.

¿Sabías tú antes de ahora lo que era el *Transvaal*?

— Yo no.

— ¿Conocías tan siquiera a Krüger?

— ¡Calla por Dios!

¿Quién había de pensarse que existiera ese *gachó*?

— Pues ya ves; yo me he enterado leyendo con detención los partes del *Vario Oficio*.

— ¿Del oficio?

— Sí, señor;

y sé que existe *Apretoria*, *Lechugalandia*, *Melmont*, *Cafeking* y *Chimberley*, *Lady-Esmith* y otra porción

de pueblecillos de pesca, en los que nadie pensó, y que tienen, como has visto, muy fácil pronunciación.

— ¡Como que hay que hacer gimnasia con la lengua un día ó dos antes de poder nombrarlos!

— Es cuestión de ilustración.

¿Tú sabes algo del cabo?

— ¿Del *cabo López*?... Yo no.

— Digo del de la Colonia...

— ¡Ah! sí, del agua de olor!

— ¡Gregorio, *miá* que eres brutal!

— ¡Como que me das lección!

— Oye, y el Estado Libre

¿sabes cuál es?

— Sí, señor;

¡el de soltero!

— ¡Qué bárbaro!

Vaya, chico, se acabó;

cuando te ilustres un poco

y leas con atención

los diarios de la prensa,

podremos hablar los dos

y discutir lo que gustes

de *jografía exterior*,

pero hasta entonces... ¡Alivia,

que ya tengo ocupación

y veo un portamoneda!

— Anda, leñe, y yo un reloj!...

.....

(Y poco a poco se fueron

transwaleando los dos).

Por la indiscreción,
GABRIEL MERINO

Palique.

Otra errata.

En el último Palique se me hacía decir que se reirían de Goethe *Los lunes de El Imparcial*.

Y yo había escrito *los lunes del Español*.

El tan acreditado *buen sentido* de los lectores habrá corregido a su tiempo debido la errata.

Pero, por si acaso, la corrijo yo.

No sé si ahora hay *lunes* en el Español.

En *El Imparcial* veo que no los hay.

Ya no va habiendo nada.

En el Español trabaja una modesta compañía de *verso*, como se decía antes, dirigida por mi buen amigo el Sr. Bueno, artista de grandes entusiasmos, como dicen los modernistas, que todo lo dicen en plural.

El Sr. Bueno sabe si yo le estimo y aprecio en lo que valen el celo, inteligencia y lealtad con que defiende las buenas tradiciones... pero una cosa es que Bueno haga perfectamente comprando rábanos cuando pasan, y otra cosa es que Ayuntamiento, crítica, prensa y opinión vean con indiferencia lo que pasa en el teatro Español.

Un concejal hablaba el otro día de defender, en este asunto, los intereses del Municipio. Se refería a los cuartos.

No está mal eso, para un concejal.

Pero la culpa de que anden en esto los prosaicos concejales, la tiene el público, la tiene el Gobierno, que consienten que institución nacional tan importante, tan gloriosa como el teatro Español esté en manos del Ayuntamiento de Madrid.

Ya que en materias académicas imitamos á Francia, y tenemos una Academia de la lengua, cortada por la que fundó el absolutismo francés, ¿por qué no tenemos un teatro español que sea como el teatro francés?

Se ha dicho mil veces que es un absurdo subvencionar oficialmente la ópera, que es, en definitiva, extranjera, y no cuidar del teatro nacional.

Yo veo que se debe atender á todo; pero antes al teatro nacional.

Pero ya verán ustedes como no se atiende.

Y cuando Paraiso sea presidente del Gobierno, menos.

Váyaes usted á los camareros con versitos.

¡Si precisamente hemos perdido á Cuba por culpa de Lope!

Los hidráulicos y los camareros, total Beocia, creen que nos perdemos por idealistas, por exceso de vida espiritual.

¡Si hasta hay intelectuales que abominan de nuestra educación libresca!

Pero esto se explica. Estos señores traducen, sin saberlo, sus artículos del francés; y como por ahí fuera los pedagogos se quejan, y con razón, del exceso de estudio teórico, de libro, y predicán la necesidad de buscar el equilibrio dando más á la actividad, á la energía práctica, nuestros traductores aplican el cuento á España; sin ver que aquí no sobra lo libresco, sino que falta; no morimos de teoría, sino de práctica irreflexiva, de hacer las cosas sin pensarlas, como lo prueba la guerra con los Estados Unidos.

La política de mostrador y de casa de banca, de sindicatos y conciertos económicos nos lleva, no á la riqueza general, sino al negocio de unos pocos y al embrutecimiento de casi todos.

No es que hayamos aprendido á ser industriales, agrícolas, comerciantes; no; es que empezamos á tener los vicios y defectos que suelen acompañar al excesivo cuidado de los intereses materiales.

De otro modo, tenemos los vicios y los defectos de los ricos... sin salir de pobres.

Es evidente el desprecio que inspira en general todo lo que significa espíritu, delicadeza del gusto, finura del ingenio.

Se ve morir la literatura con la mayor indiferencia.

Los periódicos se hacen solos. Entre las agencias telegráficas y las de anuncios y los interesados en los reclamos, despachan el número.

No hay más redacción.

No siendo el heroico Galdós, y otros pocos, muy pocos, nadie publica libros, más que los incautos primerizos, ó los que gastan su fortuna en vanidad impresa.

No hay crítica de libros, no hay crítica de teatros.

No hay nada de nada.

Y la gente tan fresca; sin ver en esto un síntoma de anemia cerebral.

Pero, no hay que desanimarse, porque ahí están los ácratas y los decadentes traducidos que van á salvarnos de un día á otro.

A propósito de ácratas, debo decir, que yo no me burlo de los pobres obreros que estudian lo que pueden. Los ácratas, los capataces, los cabecillas presuntuosos á que yo me refiero una y otra vez, son señoríticos, ó trabajadores honorarios, vamos, holgazanes que se las echan de víctimas del capital.

Lo que yo censuro no es lo poco que el obrero de verdad puede aprender, robando horas al descanso. Lo que yo censuro es la propaganda interesada de esos ratés que, sin oficio ni beneficio, quieren adular á las clases obreras engañándolas con falsa ciencia, con lecturas superficiales, con apasionamientos y mentiras. Esos cabecillas suelen ser estudiantes suspensos, gente fracasada de las carreras liberales, ó bien obreros que no quieren manejar los instrumentos de un oficio mecánico, y manejan la pluma ó sueltan la sin hueso, llenos de vanidad, por cuatro paparruchas aprendidas en lecturas desordenadas y malsanas.

Toda esta genticilla anda ahora furiosa contra mí. ¡Ya lo creo! No les gusta que se les advierta á los pobres obreros la casta de grajos que quieren ser sus maestros, sus apóstoles, sus guías.

Mi tesis es esta; que bastante desgracia tiene el pueblo con ser pobre en lo material, en tener mal vestido, mala cama, mala comida, mala casa; y que debe procurarse que el pan del espíritu no se lo den esos panaderos que falsifican el peso y la harina.

¡Ah, señoras y señores ácratas!, á mí no se me rinde con insultos, que no leo. Seguiré diciendo de ustedes lo que me parezca.

Y los papeluchos que me envían, seguirán yendo á la chimenea, sin que nadie los abra siquiera.

¡Ojo! por aquí no se va á la notoriedad.

Por aquí no se va á ninguna parte.

CLARÍN

¡Todos delinquentes!

Su mano inflexible puso la Justicia,
del rapaz apresado, en el hombro...
¡La mano inflexible fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomo!...

El precoz pilluelo
llevaba la angustia pintada en el rostro...
lágrimas y súplicas
llevaba en los ojos...

¡Su queja tenía
plañideros tonos!...
Me acordé de su madre... yo hubiese
saltado por todo...
yo hubiese arrancado
la mano del hombro...
¡La mano inflexible fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomo!

...
A pesar de la marca infamante
que el precoz pilluelo llevaba en el rostro,
ví al rapaz como víctima triste...
¡Como delinquentes á los hombres todos!
Llevaba el delito
pintado en el rostro...
¡Como nimbo purísimo vieron
su angustia mis ojos!...
Me acordé de su madre... yo hubiese
saltado por todo...
Yo hubiese arrancado
la mano del hombro...
¡La mano inflexible fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomo!

VICENTE MEDINA

Cantantes, por F. VERDUGO



Perínez, un sevillano
que la da de guapo y tal
y que canta en el Real
casi, casi en italiano.



Agapito Merlucilla,
artista de gran provecho,
que llega hasta el do de pecho
en casa de las de Trilla,



El tío Blas, un viejo verde,
que canta por las esquinas
unas coplas muy cochinas
en contra de Villaverde.



Juanico el Ablandapeñas,
un cantaor andaluz
que se canta en la testuz
de un Mirru unas malagueñas.



El sorchantre don Raimundo,
bajo que no tiene ejemplo;
para atolondrar un templo
no lo hay mejor en el mundo.



Perico el Samaritano,
un tomador de valía
que, según la policía,
suele cantar en la mano.

En casa de Compañy.

Pues, señor, un día me encontré á Compañy, el popular fotógrafo, y me dijo:

—Pase usted por mi casa, que quiero hacer su retrato para exponerlo.

—¿A que lo apedreen?

—No, hombre ¿por qué?

—Porque soy muy feo.

—¿Y eso qué importa?

—Bueno, pues ya iré por allá.

Y fui una mañana.

Después de curiosear todo lo que hay en el salón artístico de Compañy, por el cual (por el salón) vi desfilar en un momento cien personas «desde la princesa altiva á la que pesca»... lo que puede el dinero de la compra para retratarse con su furriel «en apretado haz», subí á la galería (después de haber soltado la capa y el sombrero), me puse frente á la máquina muy tieso y no tardó el propio Compañy en convertirme en foca, es decir, en enfocarme.

En un abrir y cerrar de ojos, ¡paf! me hizo una negativa que positivamente era un prodigio; pero quiso retratarme también de perfil y al ir á verificarlo, se vió interrumpido en su bondadosa tarea por la presencia de un matrimonio flamante, seguido de una señora fea, si que también patizamba.

Los jóvenes venían de casarse. El era un honradote carbonero de la calle del Tribulete, que en vez de un retrato al carbón, como parecía lo natural, quería una fotografía buena y barata; y la novia era una chalequera escualida, rebozada materialmente en flores de azahar, pues las llevaba en el pecho, en el moño, en el vientre (por la parte de afuera)... en todos lados, en fin.

El novio, mucho más bajo que ella, estrenaba un traje negro y un pañuelo anaranjado al cuello que quitaba el sentido. La otra mujer (madre de la novia y madrina en una pieza) iba de negro y con los ojos convertidos por el llanto en vinagreras esponsalicias.

Estaban tan emocionados los tres aparecidos, que difícilmente pudieron explicar cómo deseaban el retrato, y lo raro es que se dirigían á mí, tomándose indudablemente por el director de aquel tinglado.

Por fin, se colocaron los novios frente al objetivo. Un ayudante de Compañy, inteligente y bien parecido, (todos los dependientes de las fotografías tienen la obligación de ser *bien parecidos*) los puso la cabeza en su sitio, las manos en posición natural y los pliegues de la ropita como Dios manda. Pasó después á enredarse con la máquina para enfocar á los del grupo y encargándoles quietud absoluta, se fué á otra pieza en busca de la placa correspondiente. Quedamos, pues, en la galería, las dos estatuas recién casadas, la señá madrina en el umbral de la puerta y un servidor paseando impaciente por la estancia y yendo del caño al coro, ó sea del grupo á la madre, y viceversa.

Pronto me convencí de que me habían tomado por el fotógrafo; pero así como me pudo dar por desengañarles en seguida, me dió por no sacarles de su error, valiéndome de tal circunstancia para no aburrirme.

—Diga usted, señor mío—me preguntó el novio.—¿Le parece á usted que en vez de tener la mano caída, coja la de mi señora?

—Cójala usted—le contesté, encogiéndome de hombros.

—Y diga usted—añadió ella.—¿No estaría mejor que éste se me recostara un poco sobre el pecho?

—Que se recueste—respondí, y seguí paseando.

Tras una breve pausa, continuó el interrogatorio, diciéndome el venturoso carbonero:

—Oiga usted; y perdóneme, ¿de qué tamaño cree usted que me quedará la cabeza?

—Eso no se lo puedo á usted decir ahora—respondí al recién casado.

—Pues á mí me gustaría muy grande—añadió la novia.

En esto regresó el fotógrafo con la placa y al fijarse en los del grupo, les dijo:

—Señores: esa posición está variada. ¿Por qué no se están ustedes quietos?

—Amigo mío, no pida usted imposibles,—interrumpió la madrina—tenga en cuenta que acaban de casarse.

Aprovechando un instante oportuno, dió el artista por consumado el acto y los novios se disolvieron mirándose el uno al otro con ternura de carbonería.

Y lo más salado de este caso, (que si no es histórico, pudiera serlo) fué que mientras el fotógrafo hacía la *impresión* del grupo, la madrina me llamaba aparte para causarme otra impresión verdaderamente extraña.

—Oígame usted dos palabras en secreto—me dijo la buena señora.

—Usted dirá.

—No consiento que estos retratos los pague Tiburcio.

—Pues que no los pague.

—Quiero ser yo quien les haga este obsequio sin que lo sepan.

—Sí, ¿eh?

—Sí, señor; tome usted y no le diga usted nada á Tiburcio.

—Descuide usted, señora. Para Tiburcio seré mudo completamente.

Y sacando de la faltriquera dos duros, me los echó en el bolsillo de la americana y corrió á unirse á los novios, que una vez retratados habían ya entregado á Compañy el importe de las fotografías, sin sospechar lo que pasaba entre la vieja y un servidor.

Despidiéronse todos. El carbonero dió la mano y un puro de diez céntimos á cada uno de nosotros, y los tres salieron del establecimiento tan satisfechos, encargándonos mucho que los retratos estuvieran hechos pronto y que procurásemos sacarlos muy parecidos,

especialmente en una de las copias, destinada á unos parientes de Cangas de Onis.

Referi á Compañy lo ocurrido; nos reimos un rato, más que de la gracia del suceso, de la de los tipos, y una vez hecho mi segundo retrato, salí de aquella simpática y concurrida casa, prometiendo referir en letras de molde el episodio.

Al día siguiente, gasté los dos duros de la madrina en jerez y en pasteles que mandé *íntegros* á los recién casados para que se relamieran á la salud de los dos fotógrafos: el de verdad y el de ocasión.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Rasguños.

Según San Pablo, es santo el matrimonio,
y de esto dan sus *cartas* testimonio.

Tiene Balzac distinta teoría

y en su *Fisiología*

se vé que quien lo inspira es el demonio.

Creo, entre tan distintos pareceres,

que dan la mayoría de mujeres,

al par que el alma al diablo,

la razón á Balzac contra San Pablo.

—●—
Con tanta adulación como se emplea

en sacar adoquines de su centro,

no se dan en la vida cuatro pasos

sin tener un tropiezo.

NICOLÁS DE LEYVA

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

JUAN DE LA PRIMA. — *Madrid*. — Aprovecharemos algunas. Mande la firma.

A. R. R.—*Madrid*. — Ninguna es cosa mayor; digo sí: el verso,

Tenazmente rebatir mi pensamiento

es mayor de edad... y de cintura.

MR. CHAMBÓN. — Me temo, que si continúa usted versificando tan mal, vamos á tener que ponerle en el sitio que puso á su hijo el pobre labrador de su historia.

J. R.—*Segovia*. — Se publicará todo.

E. G.—*Madrid*. — Los epigramas no son cosa mayor. Resultan inocentes, dados estos tiempos *modernistas*.

PILÍN.—*Madrid*. — No sirve. Fijese usted y le saltarán á la vista las incorrecciones.

C. D. B.—*Madrid*. — Incomprensible. Vea usted la clase:

*y su vida es no más un puro estreno
de afeites y vestidos seductores.*

¿qué ha querido usted decir? Porque eso no lo entiende ni usted mismo.

C. R. D.—*Madrid*. — Usted cree que *Sinceridad* y *Majadería* es lo mismo.

Pues no, señor.

M. S. G.—*Madrid*. — Atienda usted:

*De una obra que cierto autor
publicó un ejemplar*

¿para qué seguir? ¿Por qué no mide usted los versos con compás ó cartabón?

F. A. de L.—*Madrid*. — ¡A... *Cualquiera!* es una composición detestable: Créame usted á mí. Los versos que no entran por el oído, deben echarse á la espuerta de la basura. Se publicará la inocentada.

V. E.—*Escorial*. — La poesía de Medina, aunque seria, era preciosa. La de usted no lo es:

*Yo creo en los que tienen
madres indignas
que al nacer ya les echan
ama y nodrizas.*

Crear en esos niños, es el colmo de la credulidad.

AVISOS

El martes 26, á las doce de la noche, quedó definitivamente cerrado el plazo de admisión de contestaciones á la pregunta:

¿CUÁL ES LA MAYOR INOCENTADA?

En el número próximo publicaremos todos los detalles referentes al nombramiento del tribunal que ha de adjudicar los premios. Los opositores pueden ver en este número la reproducción en pequeño, porque á su tamaño no hubieran cabido en todo el número, de la pareja de figuras de porcelana que constituye parte del primer premio, y la figura que constituye parte del segundo.

Quedan por publicar muchas inocentadas, pero no se apuren ustedes, que todo se andará.

Como los trece números que van publicados no pueden formar tomo, nos abstenemos de dar el «índice» correspondiente á fin de año.

Estos números, con los del próximo año, constituirán el primer tomo de la tercera época.

Rogamos á los Sres. suscriptores, cuyos abonos terminan á fines del corriente, avisen con tiempo sus renovaciones, para no experimentar retraso en recibir el periódico.

Certamen de MADRID CÓMICO

¿CUAL ES LA MAYOR INOCENTADA?

(FUERA DE CONCURSO)

En este mundo traidor
es inocencia—y error
de primera magnitud—
imaginar que el favor
engendra la gratitud.

Francisco Flores García.

*

En la época presente,
mi querido director,
creo que es, sinceramente,
la inocentada mayor
el ser persona decente.
Sí, señor.

Deusdedit Criado.

*

La inocentada mayor
que á cualquiera le da grima,
es meterse á redentor
y poner dinero encima.

J. F. Sanmartín y Aguirre.

(DENTRO DE CONCURSO)

Hablarle siempre á la gente
de nuestro menú francés
comiendo sólo caliente
el primer día de mes.

Javier Cabello.

*

Dar más de 16 pesetas por una butaca para
ver á la *Réjane*, y dar un *perro chico* por un *Paraiso*
para ver la *regeneración*.

Ramón González.

*

Estudiada la cuestión
con preferente atención,
juzgo de *inocencia* el colmo,
esperar con ilusión
que nos dé... peras el olmo.

Ignacio Sánchez Morale.

*

Casarnos, sin pensar que
nos pueden mandar... al cuerno;
tomar café del café
y para fin, tener fe
en los planes del Gobierno.

José Domínguez.

*

Traspasar mi sedita
por seguir una carrera,
y en la tienda que fué mía
ser hoy el último hortera.

H. Sánchez Guillén.

*

Sacar lustre con esmero,
creyendo que propias son,
á las botas que un viajero
dejó en nuestra habitación.

A. Castro.

*

Tratar de desvanecer
con goma, *pour le crayon*
la imagen de la mujer
que va en nuestro corazón.

Ricardo de Zabala.

*

O mi mente está ofuscada
ó la cosa no se explica:
La mayor inocentada
debe ser... la menos chica.

Valentín Mouzo.

*

La de aguantar el relente,
el agua, el frío, el calor...
desde la acera de enfrente,
por ver el rostro inocente
de algún cuerpo seductor.

A. Rey Marzal.

Creo que la mayor inocentada es reirse por
que se ve reír á otros, viendo la representación
de una función de teatro, en un idioma que no
se sabe.

Ceferino Morales.

*

No haber gozado de nada
teniendo mucho dinero...
es lo que yo considero
la mayor inocentada.

Juan José G. Ramos.

*

¿La mayor inocentada?...
Trabajar sin ganar nada.

Vicente López.

*

La del que en su cesantía,
que siempre el ingenio aguza,
discurre que, el primer día
en que tenga una *merluza*,
pondrá una pescadería.

Edr. Zacarías Doval.

*

Es gran inocentada
perder el tiempo en descifrar charadas;
pero es más inocente todavía
creer en los políticos del día.

Francisco Serrano Gutiérrez.

*

La inocentada mayor
es, según mi parecer,
el no tener que comer
y aparentar ser un lord.

Angel U. Espeleta.

*

¿Cuál es la mayor inocentada?
Creer que se puede dar con ella.

Luciano Gardeta.

*

La pregunta es una inocentada, la inocenta
da crece, según los que la ríen, España entera
ríe su pregunta; ella es la mayor.

Angel Molinuevo.

*

La inocentada más grande
que puedo yo calcular,
es entrar en el concurso
tan sólo por figurar.

Francisco Ontalva Gómez.

*

¿No es bastante inocentada,
cuando se hace una visita,
saludar á la criada
creyéndola señorita?

Aristides Borbolla.

*

La mayor inocentada, es el número de ino-
centadas que para el certamen reciba el MADRID
CÓMICO.

Valero Izquierdo.

*

Es cualquiera de estas tres:
que un ciego pinte su amor,
que un cojo escape por pies
ó que colore el rubor
las mejillas de un inglés.

Isidoro P. González.

*

La mayor inocentada conocida
es la que á Herodes le salió fallida.

E. Romeo.

*

La mayor inocentada
á mi modo de entender,
es tomar para los callos
pastillas de *Gerandel*.

José Usabiaga.

Me parece que no puede
haber otra mayor que...
querer coger una *papalina*
bebiendo agua de Carabaña.

Andrés Salamanca.

*

La del sabio catedrático
que se mezcla en la política,
ó la del autor dramático
que hace caso de la crítica.

Francisco Capella.

*

El gastarse tres *perillas*
en mandar unas quintillas,
con cualesquier patochada,
que no puede ser premiada,
pudiendo comprar cerillas.

José Prados Vega.

*

La mayor inocentada es *apuntar* á una banca
con *puerta*.

Félix Ezcurra.

*

Ir de veras confiado
al certamen anunciado,
y en pago de mi desvelo
que quieran tomarme el pelo
los señores del *Jurado*...

Mariano Llovet.

*

La mayor inocentada es que una joven boni-
ta gaste dinero para *barnizarse* el rostro.

Primo Rodríguez.

*

¿La mayor? *Entretener*
á una *golfa* del montón
y hacerse uno la ilusión
de que está con la mujer
que nos inspira pasión.

F. Bello Sanjuán.

*

La del Señor Soberano
al dar á la raza humana
apetitos de gusano,
y colocar la manzana
al alcance de la mano.

Celestino Vichy.

*

La mayor inocentada
es censurar á Taboada,
tachándole de muy *soso*,
y copiando su... *sosada*
presumir de muy gracioso.

Benito Díaz.

*

A su pregunta estimada
correspondo diligente:
la mayor inocentada
consiste en ser inocente.

Enrique F. del Castillo.

*

Le diré: en opinión mía,
la inocentada mayor,
es tomar en serio hay día
patria, dignidad y honor.

Enrique Carrera.

*

La inocentada *portento*
que se puede cometer,
es tener mucho talento...
y no tener que comer.

Higinio Elejalde.

*

La inocentada mayor,
según á mí se me alcanza,
es unirse á un zapatero
para luego andar descalza.

Patrocino Cabrejos.

PRIMER PREMIO



PRIMER PREMIO



PRIMER PREMIO

Pasarse 364 días del año procurando engañar al prójimo y dejándose engañar por él, y aguardar al 28 de diciembre para convencerse de que somos tan *inocentes*, que ni aun estando prevenidos conocemos el engaño.

Alvaro Alvarez de Alvarado.

La inocentada del día, es decirle á un moribundo: —Celebraré, don Facundo, que siga la mejoría.

Natividad G. de Mendoza.

Tratándose de España, según creo, es el mandar cien duros por correo. ¡Mas, huir veo el premio por momentos, porque hay otra mayor: *mandar doscientos!*

Alfonso Carreras.

Decir que la mayor inocentada es vivir con mujer, suegra y cuñada. Y adjuntarles á esa redacción para el premio, retrato y dirección.

Manuel Pomés.

Con gran facilidad salta á la vista cuál es la inocentada más completa, el leer cualquier libro modernista y el tomar chocolate de á peseta.

Tobías Pérez Fajardo.

Jugar á la lotería novios y novias reunidos, y hablar de la Vicaría aún sin ser favorecidos... ¿Serán chicos prevenidos?

Rafael Domínguez.

Que literatos castizos, que justo renombre gozan, aspiren á las yacantes de la Academia Española.

Pedro Vances Cuevas.

La mayor inocentada es creer que un político nos haga de bueno nada.

Martín Ibáñez.

A dar una cencerrada no hace mucho, en Ponferrada, se juntaron diligentes diez millones de inocentes. ¿Qué mayor inocentada?

Obdulio Carrión.

Comprar un reloj de arena para saber qué hora es.

Facinto Muriedas.

—¿Cuál es la mayor inocentada? — Creer que tiene gracia Taboada.

Francisco Gómez Domené.

¿Cuál es la mayor inocentada? Dirigirse una carta á sí mismo con una inocentada, y luego, al recibirla, creerse lo que dice.

Marcelino Espejo y Ramírez-Fasote.

La inocentada mayor en España, es tolerar gobernantes sin pudor, que hablan de regenerar para ponernos peor.

Marcial Loredó.



SEGUNDO PREMIO

La mayor inocentada es pescar con caña.

Luis Gili Roig.

Es casarse con mujer seductora y desahogada, porque suele suceder que otros chupan la tajada... dejando el caldo verter.

Cornelio Martínez.

¿La mayor inocentada? Ahí va la contestación: perder el tiempo pensando, en cuál será la mayor.

T. Ceruti.

La que yo creo es mayor y más grande inocentada es escribir estos versos para quedarse sin nada.

Alejandro Herreda.

A punto fijo, no sé; pero una de las mayores es la pregunta de usted, á tantos inocentes.

Felipe García.

En este país *bolonio* que *votan* por simpatía, dejar Guerrita el torero sin contárselo á su tía.

F. Núñez.

La inocentada mayor dicen que será premiada, y yo digo con dolor que este mundo engañador es todo él «inocentada».

Daniel Alvarez y Alvarez.

La inocentada mayor, según opina mi abuela, es casarse un escritor con mujer pobre. ¡Qué horror! y más mandando Silvela.

Domingo Díaz Jiménez.

MADRID

Tres meses, 2,50 ptas. — Seis id., 4,50. — Año, 8.

PROVINCIAS

— Semestre, 5 ptas. — Año, 9. —

Anuncios españoles: Pesetas 0,25 línea.



UNIÓN POSTAL

— Un año, 15 pesetas. —

VENTA

Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25.

Anuncios extranjeros: Francos 0,25 línea.

PASTILLAS BONALD (DE COCAINA CLORO-BORO-SÓDICAS) Núñez de Arce, 17.

PETRÓLEO GAL PARA EL PELO Echeandía, ARENAL, 2.

LORENZO PÉREZ

SASTRE

(ANTIGUO CORTADOR DE LA CASA MUNSURI)

Montera, 8, entresuelo.

UNIFORMES CIVILES Y MILITARES * LIBREAS * ABRIGOS DE SEÑORA

Tiene esta casa tal precisión en las medidas y perfección en el corte, que prenda que hace puede tenerse la seguridad, que garantiza, de que es completamente nueva, pues jamás saca composuras, que son las que hacen que la ropa parezca usada antes de estrenarla.

BERNABÉ MAYOR

3, ESPARTEROS, 3

MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc. Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.

MATÍAS LÓPEZ. — Chocolates, Cafés, Dulces. — Oficinas: Palma Alta, 8. — Depósito: Montera, 25.

COMERCIO